

de maravilla que resulta para el niño el mundo que nos rodea, la poesía de las cosas vulgares—esta poesía de la vulgaridad que caracteriza a nuestro tiempo—irradia ampliamente de la prosa del novelista británico. Un estilo dulce y coloreado, un suave humorismo y una energía descriptiva maravillosa nos permiten sentir los paisajes del trópico—la Jamaica y Santa Lucía—con toda la plenitud de lumbre y olor del caso. El calor y la transparencia del mar tropical, que hemos sentido en una estancia antillana, forman el encanto mayor de este libro.

Este es el decorado. Después están los hombres, figuras de un mundo diferente al de los niños. Estos hombres son piratas o negros antillanos o marineros. A veces, abogados u otros tipos sin gran interés. También están los padres, que completan a los diversos personajes. Pero si exceptuamos al capitán de los piratas—Jonsen,—el autor hace el mismo caso de los hombres que de Tabby, el gato salvaje de los niños de la familia Bas-Thompson, que muere violentamente en la noche del ciclón.

Hughes se ocupa seriamente sólo de lo que llena la atención de los niños y lo ve desde ese punto de vista. Aquí radica el interés y la novedad de su maestro relato poético.

Este punto de vista predomina en el autor de tal modo, que cuando habla en nombre propio nos parece que habla otro niño un poco más crecido; pero con la misma visión maravillosa del universo e idéntica

falta de respeto y de comprensión hacia las cosas de los hombres grandes.—*Ricardo A. Latcham.*

MARGARITA, EL AVIADOR Y EL MÉDICO, por *Juan Marín.*

Este libro que acaba de publicar en su *Colección de Autores Chilenos*, la Editorial Zig-Zag, es un reflejo fidelísimo del temperamento de su autor. Múltiple y dúctil, vigoroso y dinámico, Juan Marín es un tipo representativo de las inquietudes de su época. Hasta su estilo, deliciosamente sugerente, claro y móvil, con atrevidos escarceos en la frase, cae a veces en lo mecánico y hasta artificioso. Pero siempre interesa y apasiona. Nunca es banal.

La novela de Juan Marín es un trazo de vida chilena; acaso recarga la tinta en el claro-oscuro de aguafuerte con que nos presenta la figura de ese Presidente Lara, «inculto y vesánico», tipo calcado en la cohorte siniestra de la fauna política indoamericana—Rosas, Estrada Cabrera, Juan Vicente Gómez, etc.—y que tan bien supieron esculpir, en páginas apasionantes, Sarmiento, Eustasio Rivera y Mariano Azuela.

Empieza el relato con una conspiración fatalmente fracasada, contra el antropoide Presidente. Resalta la figura bizarra del aviador Jorge Luna, cuya buena estrella le señala como el único sobreviviente de la hazaña. Nuestras recónditas simpatías le siguen al través de las azarosas etapas de su fuga hacia

la otra vera andina. El vuelo da oportunidad a Marín para describir magistralmente la belleza salvaje de esos panoramas, las sutiles percepciones e introspecciones del piloto. Su paleta colorista derrama sus matices más intensos y finos.

Era, dice,—el cazador de luces perdido en un horizonte de vientos vírgenes.

Luna deja aquí un amor—¡su primer amor!—acaso el que más honda huella marca en los temperamentos briosos y sentimentales. Margarita era su novia: le ligaba a ella un compromiso de honor. El idilio se había engarzado en la intimidad del hogar. El encanto de las cosas pueriles,—las pequeñas cosas tienen a veces influencia imponderable en la vida futura,—fomentó una pasión ardiente y recíproca.

Hombre educado, joven, impávido ante el peligro, el porvenir, en donde quiera que se encuentre, sobre todo en medios más superiores por su cultura y especulación material, Luna está preparado para tomarlo y triunfar.

Aquí la trama novelesca entra en su apogeo. Ausente el amado, Margarita se entrega a transportes desconcertantes para mitigar su pena. Acaso el influjo anímico del novio, a quien se da ya por muerto—nadie lo averiguó nunca,—obre el prodigio de despertar en su alma bríos adormecidos por el nirvana sentimental; y es así que ingresa a varias instituciones filantrópicas, de esas que sirven para disipar la abulia, cuando no para hacer obra de verdadera caridad; sólo faltó a

la cuitada hacer número en la legión de pálidas desencantadas que van al convento a castigar su mundano fracaso... Además ingresa a .... la Escuela de Medicina.

Todo esto está muy bien; pero aquí conoce a un médico, de fuste, Carlos Beytía, del que,—¡oh mujer!—se enamora y de quien es, al parecer, correspondida. Nuevo noviazgo.

Marín engarza en seguida frases coloristas que dan la impresión de un *paneaux*: las fases de una operación quirúrgica difícil que llena de gloria al médico y futuro profesor.

Entre tanto, Lara, el antropoide, mueve sus tentáculos de pulpo humano: soplones traidores, judas, ¡toda la cohorte de invertebrados en dos pies! Se trata de desbaratar, una vez más una conspiración que no es sino la continuidad de la obra generosa de los idealistas que desean para la patria días de libertad.

El doctor Beytía, que antes no figurara entre éstos, resuelve, felizmente, plegarse al grupo, y en una de sus furtivas reuniones alguien le da noticias del ausente novio de Margarita, de quien él es, también novio en cuerpo presente y aun se ofrece para desempeñar funciones de correo: entregará una carta de Luna a la futura del médico.

Las pasiones de los personajes de la novela son muy de su siglo: ni Jorge, ni Margarita, ni Beytía, parecen sentir las con mucha intensidad. Es así como este último, con arrestos de Don Juan, propuso al diputado Lastarria (¡oh Marín! Protesto haya usado usted este apellido ilustre para darlo a un ser des-

preciable!) seducir a una espía, una Mata Hari de grotesca cepa criolla, con el objeto de arrebatarle sus secretos, o, por lo menos, desbaratar sus delaciones culposas. Total que, doctor y todo, es cínicamente burlado por la mujer y el Iscariote políticoide...

Mientras tanto, ¿qué es del bizarro piloto, el «cazador de luces»? El autor no lo dice claro. Pero Margarita, más resuelta, logra encontrarle, y hasta danza con él en «La Jungle», el fantástico cabaret de Montparnasse...

—Menos mal que lo encuentra,—dirá el lector.—Sólo que...

El brioso y valiente Luna había degenerado en vulgar apache. *Omnia transic.* ¿Qué había pasado? Responderé con la frase lapidaria de Augusto D'Halmar: «Nada ha pasado, sino la vida».

---

Hasta aquí la novela de Juan Marín. Ya hemos dicho que su temperamento es reflejo de la época, plena de inquietud. La concisión de sus páginas dice que su autor vive de prisa, y que no son más que notas al margen, escritas febrilmente, mientras el jazz azota con sus timbales y el humillo de la pipa viajera azulea sus pensamientos.

Ya vendrá el libro amplio y profundo a decir las verdades que su noble espíritu nos reserva. Porque, artista y sabio, hombre que inquisitivamente escarba en ese laboratorio que es el alma del hombre, Marín no escribe para que los seño-

res burgueses hagan la digestión, a la hora plácida del café. Su libro es, pues, su más bella promesa.—  
*Luis Roberto Boza.*

## ENSAYOS

VIDA DE MANUEL RODRÍGUEZ, por  
*Ricardo A. Latcham.*

Un libro onomatopéyico. Por el personaje, por el estilo y por el temperamento del autor. Hasta, un poco, por las épocas respectivas. La impulsividad, la impulsividad un tanto desazonada, pero de jugosa realización, es la característica unísona de estos cuatro términos.

Esa precipitación acuciosa de Latcham por la consecución de la obra, —la misma precipitación fatal del héroe hacia el fin de su destino— desdeña u olvida la sólida trabazón de los hechos. le hace caer a veces en anacrónicos paréntesis, o dar saltos hacia atrás. Aunque, en realidad, estas son «retrogradaciones aparentes»; pues en el fondo el libro está bien concebido, su desarrollo es lógico, y, si el método no es del todo riguroso, la investigación es concienzuda y cabal la imparcialidad. Lo que, tratándose de un escritor vehemente, es un doblado mérito, muy ajeno a otros escritores, fríos y metódicos...

Sí. Pese a las severas taras que por imperativos de la verdad histórica hayamos de cargarle al malogrado guerrillero, él nos resulta, siempre, no sólo uno de los Padres de la Patria, si no, también, el padre de la castiza «chilenidad». En este li-